

La generación del 98 en el ensayismo argentino

Teresa Alfieri

Se adjudica al duque de Maura el bautismo del grupo formado por Unamuno, Azorín, Baroja, Maeztu, Ganivet, Valle-Inclán, Benavente, Antonio Machado, Manuel Machado, Villaespesa y otros escritores españoles contemporáneos a éstos, como generación del 98, una generación «nacida intelectualmente a raíz del desastre», es decir, lo que se llama el desastre colonial de 1898, con todas sus implicancias, tales como la guerra de España con EEUU y la pérdida o independencia –según desde donde se lo lea– de Cuba y las Filipinas.

Según Hans Jeschke, la estructura espiritual de esta generación se componía de escepticismo, sentimiento pesimista de la vida unido a un afán de intervenir en el mundo de la política; su objetivo fue la renovación espiritual de España y su reinserción en la cultura europea.

La preocupación profunda por su país, los marca, en las palabras de Maeztu: «España se nos aparece como un problema» y «Del problema moral no nos escapamos». Frente a él, se proponen recuperarla como en un renacimiento ético que en su creación no cesa de buscar la verdad: «La veracidad es deber inexcusable. Tomar los molinos por gigantes no es meramente una alucinación, sino un pecado».

Su importancia excede en mucho el marco español y las proyecciones en otras literaturas vienen a confirmar la validez universal y el valor expresivo de sus voces como representantes de un tiempo cultural. Así, su trabajo intertextual sobre el ensayo argentino es notable y a él deseamos dedicarle aquí nuestra consideración.

Central en la generación del 98 es una mirada severísima hacia España, con el ceño fruncido de quien le reprocha no ser como se la sueña, no presentarse tal como la desea. Se trata del sufrimiento frente a la decadencia, del examen severo de la cultura propia, del «me duele la patria» de Miguel de Unamuno, que también articula muchos libros argentinos de ensayo.

Nuestra América (1903 y 1918) de Carlos Octavio Bunge es un claro y hasta hiperbólico exponente del positivismo científicista pero acusa la

influencia innegable del decadentismo europeo –en un discurso plagado de «melancolía», «bazofia», «podredumbre», «miasmas de la vida», «gusanos», «ruinas», «decaimientos trágicos»– y de los imperativos de la mencionada generación española. En el prólogo, denominado «Una palabra», el escritor evoca la aparición de una ninfa –la ninfa Egeria de su infancia– que le aconseja «Estudia tu patria», a la manera de un mandato y de un don mágico que el enunciador asume. Ese estudio será impiadoso; en él Hispanoamérica aparece como el territorio de la pereza, de la tristeza, de la arrogancia, donde el mestizaje es nefasto y la influencia hispánica, negativa como en Sarmiento.

La intencionalidad del 98 de *sacudir*, de azotar a España, *para su propio bien*, se reitera en el ensayo de Bunge donde es aplicada a la América hispánica como una patria grande «no con el insensato propósito de ofenderlas, antes bien con el modesto anhelo de servir las» que, por su parte, integra un intertexto complejo con el discurso de la literatura argentina, especialmente con el «no es para mal de ninguno/sino para bien de todos» del *Martín Fierro* de Hernández; declaración que aparece reescrita en forma muy similar en *El Diario de Gabriel Quiroga* (1910) de Manuel Gálvez, ya que éste sigue tan de cerca el libro de Bunge, contestándolo, refutándolo, que constituye un diálogo polifónico y polémico incomparable; así, donde Bunge escribe «Una palabra», Gálvez escribe «Dos palabras».

En su obra Gálvez desea, como la generación del 98, reconquistar la vida espiritual del país, mientras acusa a la ciudad de Buenos Aires de ser el núcleo del materialismo, de un pueblo que carece de solidaridad y cuyo espíritu de disociación proviene de España. Las marcas textuales de la presencia de Unamuno en el proceso de composición de la obra no están exentas de difamación: «Así, Unamuno, en sus artículos, no es sino un pelotaris. Del mismo modo que jugaría a la pelota, así escribe a sopapos».

En *El Juicio del Siglo* (1910) de Joaquín V. González se movilizan conceptos emanados de la intrahistoria unamuniana –que fundamentarán más tarde los invariantes martinecestradianos–: la ley histórica «del predominio de la ambición, la posesión y la preocupación del gobierno interior» y la ley histórica de «la discordia intestina».

En *Eurindia* (1924), Rojas propone acrecentar la conciencia nacional propendiendo a una cultura idealista y elevada, basada en una estética que represente las diversas raíces americanas, las indígenas y las europeas aunadas un tanto eclécticamente –de allí el título. Su obra permite leer entre líneas el entretejido textual con la obra de Ganivet y de Giner de los Ríos, sus relaciones epistolares con Unamuno, las visitas y conferencias de Ortega y Gasset y de Eugenio D'Ors. La generación del 98 también está pre-